

Poesía

Oscuras Razones

Adolfo García Ortega

Trieste. Biblioteca de autores españoles, número 40

Madrid, 1988. 600 pesetas

Desde la desolación está escrito este libro de poemas, que se abre con la amarga pregunta de Baudelaire: «Belleza ¿no te veré más que en la eternidad?» o con la terminal confesión de Federico García Lorca: «La vida no es noble, ni buena, ni sagrada».

Adolfo García Ortega, desde esta confirmación de su desesperanza, nos asedia con unos versos donde el amor, sin embargo, proclama siempre su salvación y la de los suyos. Así, criatura de amor, en su persecución constante, podrá decirnos: «Porque es amor también llegar/ al fondo de lo hermoso y encontrarnos allí,/ cuando creemos inútilmente/ que desaparece el tiempo/ como la amargura desaparece...» «Melodía de los paseos,/ consuelo de la noche y su olvido,/ amor mío, secreto mío...»

Siempre una contradicción, una lucha en cada encuentro, y la belleza parece que se escapa; cuando precisamente se está evidenciando en la aparición de cada poema, por más que la tristeza envuelva todo y todo lo enturbie, como en el principio de este mismo poema: «Música de la tarde aquí,/ hermosa, amarga/ pintura de la tarde triste.»

Adolfo García Ortega es un poeta de meditativa contemplación. Se podría decir que la palabra llega con el tema, algún tiempo después; de aquí su distancia para el creador. La belleza ha estado y ya no está, y el camino hacia ella se dirige por pasos contados de emoción y de cultura. Su seguimiento de la belleza es preocupación principal del que habla, su desazón tiene una andanza juanramoniana de muy sensibles percepciones: «Serán contra el olvido estas imágenes/ como versos, y esta venganza: soledad de poeta dado a nada.»

Hay siempre una original manera en la voluntad padecida de los sentimientos. Una muerte se une al paisaje para enaltecerlo en la estatura que ha cobrado en el tiempo. «Aquel parque/ que todos los otoños oscurecía/ más lentamente que la ciudad/ guardaba su luz para los juegos/ torpes y graciosos de una niña...» Y las gentes asisten a la escena, y no sé por qué, nos recuerdan un cuadro de Seurat, con sus solemnes y sordos cruzamientos: «Fijaos luego en ese fondo/ de gente paseando, bastante impía,/ segura de los años y unida,/ como quien teme la lluvia,/ a sus pasos por llegar a casa a salvo.» Nadie sabe. Y todos, «Ninguno./ Nadie sabía de mis horas en aquel parque.» Sólo la memoria del poeta «apenas vive/ instantes de esa luz de ocho de la tarde...» «Y los árboles se acercan entre sí serenamente.»

Muchas pruebas tenemos en este libro, pese a su brevedad, de esta manera de delicadeza para acercarse a un alrededor que «siente» con el poeta. Cuando nos dice: «Luz, luz/ que en ti pensaba y a ti iba,/ y unos balcones casi abiertos/ al final de tu mirada, femeninos/ y tenues como fecha que regresa...» la originalidad expresiva, con su fuerza y su novedad, no anula la emoción conductora del poema que nace de «la ima-

gen primera que fue una lluvia/ limpiísima en la luz transparente»...

Y es que una de las virtudes de esta poesía está en la elegancia de su advenimiento. Adolfo García Ortega es, acaso muy tempranamente, dueño de la entereza de su palabra. Experiencia y cultura parten juntas sin que se note extrañeza alguna en su maridaje. Lo vivido se une a lo culto.

Y lo que llega de otras voces toma lugar y acento propios, independientes. Así ocurre en el poema «Estar cansado», de clara ascendencia cernudiana, — «que haya plumas, plumas suaves» — y que cobra aquí sentido muy personal: «Que el mundo detenga su verbera,/ su precio, su muralla,/ que vaya para siempre al traste de los sueños/ la ráfaga que alumbra insistente/ vendidas impurezas...»

Así ocurre en el poema «El secreto», tema sabido y universal; donde la irrupción de lo amado llega después de haber concretado el paisaje y de preparar el escenario de esa manera peculiar que antes hemos señalado. Casi estamos en el poema anterior: «Llueve en Madrid/ los días más tristes,/ con la cortina inmóvil/ que deja el agua/ sobre luces y calles/ y gente en compañía.» Para terminar: «El perfil de un nombre/ sonando a fecha/ o a cuerpo entero,/ amado y elegido.» Algo hay de Jorge Guillén y de ritmo tradicional, de música no acostumbrada en García Ortega, que mantiene un ritmo insólito, un ademán de canción, que tanto aparece en la orquesta guilleniana.

Es poco frecuente en un poeta joven, con el campo abierto ante él de todas las incitaciones *novedosas* y de cualquier libertad verbal sorprendente, esta disciplina que se ciñe a los vocablos previamente bellos. Ésta es una forma de libertad. Supone también, lo que pudiera parecer paradójico, una conquista, y una cédula de sinceridad. El autor de *Oscuras razones* busca siempre una originalidad profunda y éste es uno de sus mejores dones. En la «Suite tolosana», donde ensaya una especie de *Memoria* — sólo el primero de los poemas se titula así — «aunque nadie de tu amor está contigo», intenta defender del tiempo «cada gota que bebiste» y toda la esencia de la *suite* va a terminar en eso, en una sutil fragancia: «Luego ese olor para volver,/ para volver, que tanto conocemos.»

Aroma y acento, esas dos terminales de la poesía verdadera, lo que ha sido y ya no es, o al revés, lo que es ahora, el poema, y no sabemos bien si lo fue en el tiempo.

Éstas son las *Oscuras razones* de García Ortega, las de un libro sin afirmaciones rotundas, sin certidumbres, teniendo sólo por compañía «el ruido pausado con que suenan los parques», o «aquella luz débil, dorada entre los claros/ y verde en los pasillos de acacias», o acaso «esos barcos en la rada, inestables y minúsculos... escenarios al anochecer, de jóvenes nadando, ágiles, perversas, infernales».

José GARCÍA NIETO

de la Real Academia Española